

UN QUINQUENIO DECISIVO EN LA INDIA: 1970-1975

(I)

Una nación tan inmensa como la Unión India, un subcontinente, y tan densamente poblada por seres muy diversos¹ ha de registrar, forzosamente, acontecimientos que exceden, por su magnitud e importancia, a los suscitados en Estados de inferior peso específico. El curso de su trayectoria política —como el del otro coloso asiático: la China Popular— está influenciando, sin lugar a dudas, el porvenir del más vasto de los continentes y los destinos de la parte más numerosa de la Humanidad. Estas circunstancias justifican que —sin remontarnos a lejanos antecedentes históricos que no son propios de esta REVISTA— examinemos con atención algunos de los aspectos más sobresalientes que se vienen contemplando en la India de nuestros días. En tal sentido hemos escogido el último quinquenio por estimar que resulta, tal vez, el período más significativo, en cuanto a los rumbos evolutivos, de los que ha atravesado la gran nación desde que adquiriera la independencia.

Entre los hechos de primera magnitud desarrollados durante el referido quinquenio podemos destacar los siguientes: Tratado con la Unión Soviética, aplastamiento militar del Pakistán oriental, secesión del Bangla Desh, control sobre Sikkim, en el ámbito internacional. En el plano interno, escisión del Partido del Congreso y consolidación de Indira Gandhi como árbitro de los destinos del país. Sin olvidar el fortalecimiento de tendencias centrifugas, la persistencia de movimientos de rebeldía y el agravamiento de la crisis económica y alimenticia.

La base fundamental en que ha erigido Indira Gandhi su política exterior durante los últimos años ha sido el estrecho entendimiento con la URSS. La consagración definitiva de esa política se lograba el 9 de agosto de 1971, mediante la firma por los dos ministros de Asuntos Exteriores, Swarang Singh y Gromyko, del «Tratado de paz, amistad y cooperación». Este instrumento diplomático, firmado en Nueva Delhi, iba a permitir a la

¹ Según el censo, el 1 de abril de 1971 la Unión India contaba con 546.955.945 habitantes; de ellos 283.055.987, hombres, y 263.899.958, mujeres.

India resolver de modo inmediato sus reiteradas confrontaciones con el Pakistán, mientras que, en lontananza, apuntaba a la contención de la China Popular.

En aquellos momentos resultaba inevitable un nuevo conflicto armado con la República Islámica del Pakistán, que recibía el aliento y el apoyo moral de Pekín. Algunos dirigentes chinos habían expresado, en discursos y alocuciones, el respaldo a Islamabad de «setecientos millones» de seres. En tales condiciones—según la opinión de los círculos decisivos de Nueva Delhi—, el inminente choque armado no podría ser episódico, como en las anteriores ocasiones, sino que resultaba decisivo: era necesario derrotar definitiva y fulminantemente al enemigo para impedir cualquier oportunidad de intervención de las huestes maoístas. Solamente mediante el apoyo material de la Unión Soviética—bajo forma de suministro de armamentos y de la puesta en pie de las fuerzas soviéticas necesarias para disuadir a Pekín de toda veleidad de intervención armada—podía la Unión India lanzarse a la batalla.

El terreno escogido era el Pakistán oriental, que estaba siendo asolado por una guerra civil que duraba varios meses. Esos dramáticos acontecimientos—de características verdaderamente dantescas—habían provocado un gigantesco éxodo de los bengalíes pakistaníes, acosados por las tropas de Islamabad, que inundaban las regiones orientales de la India con una marea de refugiados. Más de seis millones, entre ellos millón y medio de niños, habían atravesado las fronteras desde abril y continuaban llegando a un ritmo de veinte o treinta mil diarios. La presencia de esas multitudes en unos Estados indios superpoblados y de bajo nivel alimenticio estaba creando problemas insolubles para el Gobierno central. Los débiles recursos económicos se resentían ante la aguda contingencia y la población india, a pesar de sus simpatías por los refugiados, comenzaba a manifestarse contra los recién llegados. Una huelga en Assam y ciertos tumultos en Bengala expresaban elocuentemente la disconformidad popular contra la masiva afluencia de refugiados. La consecuencia inmediata era el afianzamiento de las corrientes belicistas. En junio, con ocasión de la visita a Calcuta de la primer ministro, un influente diario local escribía: «¿Por qué no hacer intervenir al Ejército para detener la humillación de la Humanidad, el estrangulamiento de la democracia y las matanzas de gentes desarmadas? ¿Por qué no la guerra? ¿Por miedo a gastos colosales? ¿Los gastos necesarios para atender a los refugiados no representan acaso el doble de las cantidades necesarias para

la guerra?» El diario recordaba que la guerra de 1965 había costado a la India 50 millones de dólares y que en la ayuda a los refugiados se habían invertido ya 80 millones y los gastos se incrementaban a razón de un millón de dólares diarios².

El clima bélico se extendía y los motivos financieros pesaban mucho en Nueva Delhi, que se veía impotente para sufragar tan crecidos gastos adicionales, con lo cual se afianzaba la tentación de desencadenar una guerra relámpago. A los citados motivos se agregaba la preocupación de Indira Gandhi por la presencia en unas regiones turbulentas, como Bengala y Assam, de millones de refugiados famélicos y desesperados que podrían constituir el caldo ideal de cultivo de los virus naxalitas y ultraizquierdistas que habían germinado en ambos Estados.

La firma del Tratado con Moscú despejaba todas las incógnitas. El artículo 9.º del importante documento establecía que «cada una de las altas partes contratantes se compromete a abstenerse de proporcionar ayuda a toda otra tercera parte que esté comprometida en un conflicto armado con la otra parte. En el caso de que una de las dos partes quede sometida a un ataque, o a una amenaza de ataque, las altas partes contratantes iniciarían consultas inmediatamente para descartar tal amenaza y adoptar las medidas apropiadas para garantizar la paz y la seguridad del país». Según el texto, en el caso de un conflicto armado indo-pakistaní, Moscú negaría toda ayuda a Islamabad, con lo que dejaba el camino libre para que actuase Nueva Delhi. Por otra parte, este documento lleva implícita una advertencia a la China Popular, ya que ninguna otra podría ser la nación cuyo ataque a la India sería considerado por Moscú como un ataque a la Unión Soviética.

En realidad, ambas partes conseguían, mediante el Tratado, satisfacer sus objetivos más acariciados. La India quedaba en condiciones de ventilar en los campos de batalla sus querellas con el Pakistán, sin el temor de verse acometida por China, y la URSS instalaba en el subcontinente indio una nueva plataforma destinada a contrarrestar la influencia maoísta en Asia. No obstante, siguiendo la norma general de su acción diplomática, Moscú no se volcaba totalmente del lado indio ni interrumpía su ayuda económica a Islamabad, tratando de evitar que el Pakistán se entregase por completo en los brazos de Pekín. Por otra parte, la ayuda humanitaria del bloque socialista a los refugiados del Bangla Desh representaba sólo el 10 por 100

² Dos guerras en veinticuatro años: 1947 y 1965.

del total de la ayuda internacional. A mayor abundamiento, la ayuda económica de la Unión Soviética a la India ascendía a la séptima parte de la que concedía Washington a Nueva Delhi.

La trama, tan hábilmente tejida por Gromyko en Nueva Delhi, se completaba, a finales de septiembre de 1971, durante la visita que efectuaba al Kremlin Indira Gandhi. Allí se consolidaban las privilegiadas relaciones entre los dos países y recibía, posiblemente, las seguridades indispensables para desencadenar las hostilidades contra el Pakistán.

Esto puede deducirse de que pocos días después de que regresase Indira Gandhi de Moscú la India procedía febrilmente a la movilización general. El 23 de octubre movilizaba 600.000 reservistas, con lo que tenía en pie de guerra 930.000 hombres. Simultáneamente llegaba a Nueva Delhi el viceministro soviético de Asuntos Exteriores, Nicolai Firyubin, y aunque su presencia se explicaba oficialmente como de «consultas bilaterales» con sus colegas, a nadie pasaba desapercibida la circunstancia de que fuese el tercer alto funcionario soviético—después del presidente Podgorny y de Andrei Gromyko—que visitaba la India desde el mes de agosto. Mientras tanto, la cifra de refugiados ascendía ya a nueve millones y el Gobierno indio se veía obligado a decretar nuevos impuestos para atender a su manutención. El 30 de octubre, como colofón, llegaba a la capital india el comandante en jefe de la aviación soviética para entrevistarse con los dirigentes militares indios. La situación se hacía explosiva y desembocaba, a primeros de diciembre, en la tercera guerra indo-pakistaní.

El Ejército indio desencadenaba una potente ofensiva sobre Bangla Desh. Mientras que la aviación machacaba Dacca, Chittagong y Cox's Bazar, desde Bengala y Assam, seis columnas penetraban en el Pakistán oriental atravesando sus fronteras desde el Este y el Oeste. El avance se veía favorecido por la ayuda de la población local, que venía combatiendo desde meses atrás a los soldados de Islamabad. El 6 de diciembre, en plena ofensiva, el Gobierno indio reconocía la independencia de Bangla Desh. En el frente occidental, una guerra de tipo clásico se desarrollaba desde Cachemira hasta el Sind.

El apoyo soviético a Nueva Delhi resultaba especialmente valioso en las Naciones Unidas, en cuyo Consejo de Seguridad se registraba un áspero enfrentamiento entre Pekín, valedor del Pakistán, y Moscú, que respaldaba abiertamente a la India. El 4 de diciembre, hacia medianoche, después de varias horas de deliberaciones, Moscú vetaba una propuesta norteamericana

que invitaba a la India y al Pakistán a cesar inmediatamente en las hostilidades y a retirar su tropas al punto de partida³. La China Popular votaba a favor de esta propuesta. El veto moscovita irritaba particularmente a Pekín. Su representante acusaba al Kremlin de «apoyar la agresión india contra el Pakistán y de maquinarse para desmembrarlo». Al día siguiente—después de un violento altercado entre los representantes chino y soviético—era derrotada una propuesta de la URSS⁴ en la que se atribuía al Pakistán toda la responsabilidad de la situación. Momentos después la Unión Soviética imponía un nuevo veto a la propuesta de ocho miembros no permanentes del Consejo de Seguridad (Argentina, Bélgica, Burundi, Italia, Japón, Nicaragua, Sierra Leona y Somalia). Los otros dos miembros no permanentes, Polonia y Siria, no respaldaron esa propuesta⁵. El contraste de tan antagó-

³ El texto de la propuesta americana era el siguiente: «El Consejo...: 1) Pide a los Gobiernos de la India y del Pakistán que adopten todas las medidas necesarias para un cese inmediato de las hostilidades; 2) Pide la retirada inmediata de los efectivos armados presentes sobre el territorio de la otra parte al lado de las fronteras indo-pakistaníes, a las que pertenecen. 3) Autoriza al secretario general, a petición del Gobierno indio o del Gobierno pakistaní, a colocar observadores a lo largo de las fronteras indo-pakistaníes, encargados de vigilar el cese del fuego y las retiradas de tropas y reclutar el personal de los observadores de la ONU para la India y el Pakistán. 4) Pide a los Gobiernos de la India y el Pakistán y a otros interesados hacer todo lo posible en favor de la creación de un clima propicio al retorno voluntario de los refugiados al Pakistán oriental. 5) Pide a todos los Estados que se abstengan de toda acción que pueda poner en peligro la paz en la región. 6) Ruega a los Gobiernos de la India y Pakistán que respondan afirmativamente a la propuesta del secretario general de «sus buenos oficios» para asegurar el mantenimiento de la paz en la península. 7) Ruega al secretario general que dé cuenta al Consejo de Seguridad, tan pronto como le sea posible, de la ejecución de la presente resolución.»

⁴ El texto depositado por la Unión Soviética declaraba, entre otras cosas: «El Consejo de Seguridad... pide un arreglo político del Pakistán oriental que conduzca al cese de las hostilidades. Invita al Gobierno del Pakistán a adoptar medidas para hacer cesar todos los actos de violencia cometidos por las fuerzas pakistaníes en el Pakistán oriental, que han provocado la deterioración de la situación.»

⁵ La propuesta de los ocho países era la siguiente: «El Consejo de Seguridad..., convencido de que una solución política, a realizarse lo antes posible, sería necesaria para el restablecimiento de las condiciones normales en la zona de conflicto y para el retorno de los refugiados a sus hogares...; reconociendo, por otra parte, la necesidad de adoptar medidas preliminares destinadas a suscitar un cese inmediato de las hostilidades y a efectuar la retirada de las fuerzas armadas sobre su propio lado de las fronteras indo-pakistaníes...: 1) Pide a los Gobiernos de la India y el Pakistán adoptar sin retrasos todas las medidas necesarias para un inmediato cese del fuego y retirada de sus fuerzas armadas que se encuentran sobre el territorio de la otra detrás de su propio lado de las fronteras indo-pakistaníes. 2) Recomienda que los esfuerzos simultáneos sean intensificados para suscitar en los mejores plazos y conforme a la Carta de las Naciones Unidas, las condiciones propicias para el retorno por su propia voluntad de los refugiados del Pakistán oriental a sus hogares. 3) Hace un llamamiento a la plena cooperación de todos los Estados con el secretario general para aportar asistencia a esos refugiados y remediar su situación. 4) Pide al secretario general tenga informado al Consejo de la aplicación de la presente resolución.»

nicas posturas se revela, en sus verdaderas dimensiones, al considerar la enérgica condena que implicaba el texto chino⁶.

Paralizando la acción de la ONU—mediante sus dos vetos, Moscú había permitido a Nueva Delhi ganar un tiempo precioso. En la noche del 7 al 8 de diciembre la Asamblea General de la ONU aprobaba un proyecto de resolución que pedía a ambas partes el cese inmediato de los combates y la retirada de sus tropas detrás de las fronteras. El proyecto había sido presentado por Argentina y otros trece países y fue aprobado por 104 naciones, mientras que votaban en contra la India, URSS y la mayoría de los países socialistas (excepto Rumania y Yugoslavia, que votaron a favor), incluida Cuba. Durante los debates, el jefe de la delegación china, Chiao Kuan-hua, declaraba que se trataba de «condenar severamente la agresión cometida por la India y el apoyo que le presta el social-imperialismo soviético», agregando que «desde que la pandilla dirigente soviética ha traicionado el marxismo-leninismo y ha tomado el rumbo del revisionismo ha practicado por doquier la agresión, la subversión, el control y la injerencia: en 1968, esta pandilla envió sus tropas a invadir y ocupar Checoslovaquia. Este año se ha esforzado abiertamente en derribar el Gobierno legítimo de un país africano»⁷.

Pero la decisión de la Asamblea General tuvo un efecto nulo, porque Nueva Delhi aseguró desde el primer momento que no haría ningún caso de la resolución aprobada por las Naciones Unidas. Además, el destino del Pakistán oriental ya estaba decidido, puesto que las tropas indias progresaban en todos los frentes: se encontraban a 35 kilómetros de Dacca y habían ocupado Jessore y Sylhet, situados, respectivamente, al sudoeste y

⁶ El texto del proyecto de resolución presentado por la República Popular de China era el siguiente: «El Consejo de Seguridad, habiendo oído las declaraciones de los representantes del Pakistán y de la India, advirtiendo en particular que la India ha lanzado ataques de gran envergadura contra el Pakistán, comprometiendo así gravemente la paz en el subcontinente indo-pakistaní, condena enérgicamente los actos del Gobierno indio destinados a crear el llamado Bangla Desh y sus actos de subversión, de desmembramiento y de agresión cometidos contra el Pakistán. Pide al Gobierno indio la retirada inmediata y sin condiciones de sus fuerzas armadas y otro personal armado enviado por él al territorio pakistaní y pide al Gobierno pakistaní que retire las fuerzas armadas que ha enviado a territorio indio para contraatacar. Pide a la India y al Pakistán el cese de hostilidades y que se retiren respectivamente de la frontera internacional entre la India y el Pakistán, así como que pongan fin a las diferencias que los separan con vistas a crear las condiciones para un arreglo pacífico de las diferencias entre la India y el Pakistán. Pide a todos los Estados que ayuden al pueblo pakistaní en la justa lucha que lleva a cabo para resistir a la agresión india. Ruega al secretario general que presente al Consejo de Seguridad, lo antes que sea posible, un informe sobre la aplicación de la presente resolución.»

⁷ El delegado chino aludía al Sudán.

al nordeste de Bangla Desh. Comilla, en el este, se encontraba sitiada. En el plano internacional, Bután reconocía la independencia de Bangla Desh.

La Unión India estaba en vísperas de conseguir el aplastamiento militar del Pakistán. Islamabad no podía ya albergar ilusiones de retener su región oriental, la más poblada, ante el empuje militar del adversario. Un clima de desilusión se extendía por todo el país, y el 7 de diciembre el presidente Yahya Jan se veía precisado a invitar al primer ministro, Nurul Amin, y a Ali Bhutto, jefe del Partido del Pueblo, a formar un Gobierno de coalición.

Por primera vez en muchos años, la Unión Soviética se había separado de los puntos de vista de la mayoría de la comunidad internacional, rehusando admitir el principio de que en caso de conflicto armado entre dos Estados lo primordial consiste en detener los combates. Para apoyar activamente a la India en las Naciones Unidas, Moscú no había dudado en contradecir ese principio, arriesgando su prestigio en el foro internacional y especialmente en el Tercer Mundo. Todo esto permite deducir el inmenso interés que representaba para el Kremlin conseguir una influencia decisiva en la India. Si Nueva Delhi logró terminar victoriosamente la campaña e independizar el Bangla Desh, amputándolo del territorio pakistaní reconocido internacionalmente, esto fue posible, en primer lugar, merced al apoyo diplomático y militar soviético, por lo que contraía una deuda de gratitud que tendrá que saldar algún día. Entre las multitudes indias, enfervorizadas por la victoria, la imagen de la URSS adquiría tintes de insospechada simpatía, mientras que la China Popular quedaba completamente neutralizada, lo que representaba una de las mayores aspiraciones moscovitas. Todo el mundo sabía que la inactividad militar china, contrariando sus promesas de apoyo armado al Pakistán en caso de conflicto, se debía fundamentalmente a la fuerte presión militar soviética sobre su frontera del norte. El doble apoyo del Kremlin—diplomático en las Naciones Unidas y militar en Siberia—había hecho posible el triunfo de las armas indias. Así, Moscú reforzaba su posición en Asia, aunque Pekín esperaba no desaprovechar la ocasión que le brindaba un Bangla Desh arruinado y presa del caos para extender su influencia entre unas masas decepcionadas de la independencia.

La luna de miel indo-soviética ha proseguido en los años sucesivos. Entre otros hechos destacados cabe mencionar la carta enviada por Breznev a Indira Gandhi, en octubre de 1973, proponiendo la entrega a la India de dos millones de toneladas de cereales—en «condiciones generosas», «teniendo en cuenta las dificultades creadas por las condiciones climatológicas

y guiados por el deseo de desarrollar las relaciones soviético-indias». El alcance político y económico del gesto moscovita era importante. Moscú, con toda evidencia, trataba de vencer la resistencia india a aceptar su punto de vista sobre la división del mundo y, también, aspiraba a conseguir el apoyo de Nueva Delhi para su proyecto de un pacto de seguridad colectiva en Asia, que era motivo de desconfianza para el primer ministro.

El suministro de cereales soviéticos llegaba en un momento muy apropiado, puesto que la India, que había decidido comprar 4,5 millones de toneladas, sólo pudo importar algo más de medio millón debido a la considerable elevación de los precios en el mercado internacional y a la escasez de existencias. La oferta de Breznev resultaba singularmente tentadora y apta para consolidar la influencia soviética en el subcontinente. Pocos días después de la citada carta llegaba a Nueva Delhi el secretario general del PCUS, el 26 de noviembre. El jerarca viajaba acompañado del ministro de Asuntos Exteriores, Gromyko, y del responsable del plan, Baibakov. A su llegada declaraba que «la República India proporciona un ejemplo de la fusión de una política de paz consecuente y de la solución democrática de los problemas interiores» Todos los elogios amparaban el deseo de asociar a la India al sistema de seguridad colectiva de Asia—plantado por Breznev en junio de 1969—y resolver ciertos problemas suscitados a la flota soviética en el océano Indico⁸. El considerable aumento de los efectivos navales de la URSS en ese océano—que Nueva Delhi deseaba que fuera una «zona de paz»—había creado considerable recelo de los dirigentes indios. No obstante, Moscú tenía a su favor la simpatía derivada de la ayuda decisiva prestada durante la guerra contra el Pakistán, el suministro de cereales en momentos comprometidos y la clave de la economía india, puesto que, como recordaba oportunamente la agencia Tass, «las instalaciones industriales construidas con la ayuda de la Unión Soviética producen el 30 por 100 del acero, más del 50 por 100 del petróleo, 30 por 100 de los productos petroleros, alrededor del 20 por 100 de la energía eléctrica, 80 por 100 del equipo metalúrgico y el 60 por 100 de las instalaciones para la fabricación de turbinas».

⁸ Hasta ese momento, la base-escuela de Visakhpatnam, en la bahía de Bengala, estaba reservada a los barcos de origen soviético de la Marina india. Moscú deseaba obtener facilidades para sus propios barcos en dicha base.

Como afirmaba Viratelle⁹, la India estaba estrechamente ligada, militar y económicamente, a la URSS. En el primero de dichos aspectos, la Unión Soviética es el principal proveedor de armamento (tanques, aviones, lanchas rápidas, misiles) y quien ha facilitado la construcción de una importante industria nacional de armamentos que incluye hasta los «Mig-21». El total de esa ayuda sobrepasaba ampliamente el millar de millones de dólares y su valor práctico resultaba inapreciable. «En el plano económico el estrechamiento de relaciones indo-soviéticas ha seguido muy de cerca al de los vínculos políticos; pese a su nivel relativamente modesto, la ayuda de Moscú juega un papel espectacular para el desarrollo industrial del país. Después del acuerdo "histórico" de 1955, que preveía el financiamiento por la URSS de la acería de Bhilai, ésta ha concedido a la India en préstamos 10,2 miles de millones de rupias. En 1972, un tercio de esta ayuda aún no había sido empleada»¹⁰

Conviene precisar, no obstante, que toda la ayuda soviética representaba menos de la séptima parte de la que le habían suministrado los Estados Unidos. En segundo lugar, los créditos soviéticos estaban concertados con un interés del 2,5 por 100 anual (ciertos países occidentales los ofrecían a interés menor), aunque presentaba una ventaja relativa: se podían reembolsar con mercancías indias —lo que suponía un considerable ahorro de divisas—, pero también es cierto que los precios fijados para las mismas resultaban inferiores a los del mercado mundial. Además, los equipos soviéticos, a diferencia de los adquiridos en los mercados occidentales, no eran del último modelo. Estas y otras consideraciones permiten llegar a la conclusión de que el Kremlin, además de acrecentar su influencia política en el subcontinente indostano, realizaba un buen negocio de tipo comercial. Mientras que Nueva Delhi se iba endeudando cada vez más con respecto a la URSS, Moscú disponía, gradualmente, de mayor autoridad.

En condiciones tan favorables, el Kremlin bien podía mostrar cierta generosidad y se comprometía a ayudar, durante quince años, a resolver los problemas económicos indios. A esta conclusión se llegaba tras de los cuatro días de visita de Breznev. Se intensificaba la cooperación económica entre los dos países, se duplicarían los intercambios comerciales y se crearían sociedades mixtas cuya producción sería exportada, a precios competitivos,

⁹ GÉRARD VIRATELLE: «En dépit de sa volonté de 'non-alignement' New-Delhi est étroitement lié militairement et économiquement à l'Union soviétique», *Le Monde*, 28 noviembre 1973.

¹⁰ G. VIRATELLE, *op. cit.*

a los mercados internacionales. Simultáneamente, de los dos objetivos que acariciaba el jerarca soviético, lograba cumplir uno: conseguir facilidades portuarias, pero fracasaba en su intento de interesar a la India en el pacto de seguridad asiática, mediante el cual pretendía Moscú demostrar que es una potencia de Asia y aislar a la China. El temor a verse envueltos en un conflicto con Pekín era el motivo de que tanto la India como los otros países a los que Breznev había presentado su propuesta vacilasen en aceptarla. Tanto más por cuanto que el Kremlin, «para reforzar la paz y la estabilidad en Asia», pretendía que el pacto consagrara el *statu quo* territorial, enterrando así definitivamente las reivindicaciones que mantiene la China Popular sobre las regiones «injustamente anexionadas» por los zares en Siberia. Por tales razones, Indira Gandhi daba una respuesta dilatoria a las calurosas propuestas de su huésped.

Hemos puesto especial énfasis en indicar que la presencia en territorio indio de 10 millones de refugiados procedentes del Pakistán oriental constituía tan pesado fardo para la economía india que ese motivo, por sí solo, inclinaba a Nueva Delhi hacia la guerra. Pero no puede ignorarse que tal vez, aun sin ese hecho de tanto alcance, la guerra hubiera sido de todos modos inevitable, puesto que en ambos países subsistía una implacable hostilidad, nacida desde el momento mismo del reparto del imperio británico de la India, que cubría el Indostán. Dos veces habían entrado en colisión ambos países y el resultado incierto de esas contiendas hacía albergar en Nueva Delhi principalmente, en razón de su mayor potencia militar, el anhelo de una victoria clara y definitiva. La ocasión se presentaba a primeros de 1971, cuando se producía en el Pakistán oriental la insurrección del «ejército de liberación» bengalí. Nueva Delhi proporcionaba, desde el primer momento, todo su apoyo a los insurgentes, permitiéndoles reorganizarse en territorio indio, especialmente en el centro fronterizo de Betai, y en Calcuta se había instalado la sede del Gobierno provisional del Bangla Desh. La prensa india amplificaba, exagerándola, la importancia de los combates que mantenían los rebeldes con las tropas de Islamabad y mucho armamento atravesaba la frontera para permitirles continuar la resistencia. Estaba claro que Nueva Delhi deseaba debilitar militarmente al Pakistán, prolongando la resistencia cuanto fuera posible, para encontrar condiciones más favorables al ataque que ya entonces se perfilaba. El 8 de abril Pekín rompía el silencio sobre la guerra civil del Pakistán oriental, al acusar a la India de inmiscuirse en los asuntos internos de su vecino al apoyar al movimiento secesionista. Esta

acusación se contenía en una nota escrita que el embajador chino entregaba en el Ministerio indio de Asuntos Exteriores. La protesta seguía al llamamiento efectuado dos días antes por el presidente soviético, Nikolai Podgorny, al presidente pakistaní para que pusiera fin a la matanza en la región oriental. Yahya Jan había contestado que la URSS no tenía derecho a aconsejar a su Gobierno sobre cuestiones internas. Por esas fechas, el Ejército indio comenzaba ya sus preparativos para una posible intervención en el Pakistán oriental y entonces, es preciso resaltarlo, el número de refugiados bengalíes apenas llegaba a los 200.000. Resultaba claro que los acuerdos de Tashkent sólo habían supuesto una tregua en el choque de dos enemigos inveterados. Ahora, con la región oriental en plena revuelta, el Pakistán quedaba en condiciones de inferioridad y Nueva Delhi creía que había llegado la oportunidad de alcanzar un triunfo definitivo en los campos de batalla. Para no perjudicar su imagen ante la opinión internacional, la India se esforzaba en presentarse como el paladín de una solución política del problema del Bangla Desh. Indira Gandhi declaraba que sólo una fuerte presión internacional sobre Islamabad obligaría a las autoridades pakistaníes a buscar un arreglo negociado de ese conflicto. Swaran Singh se entrevistaba el 7 de junio en Moscú con Andrei Gromyko, iniciando su recorrido por las grandes capitales occidentales a fin de propagar esa idea. Más tarde visitaría Bonn, París, Ottawa, Washington y Londres. Su argumento principal consistía en que el asunto del Bangla Desh preocupaba seriamente a su Gobierno y que era necesario presionar a Islamabad para que adoptase una solución negociada, puesto que en caso contrario Nueva Delhi se vería «obligada a adoptar las medidas pertinentes para asegurar su seguridad y garantizar sus intereses». Como entonces existían ya cuatro millones de refugiados y se había declarado entre ellos una epidemia de cólera que amenazaba con extenderse a Calcuta, los argumentos de Singh cobraban mayor peso. El ministro indio presentaba, con tintes dramáticos, el panorama de unas poblaciones indias inquietas por la presencia de multitudes foráneas. El jefe del Gobierno congresista de Bengala occidental amenazaba con dimitir porque «millares de personas mueren de hambre y cólera al carecer de cuidados y viviendas adecuadas». Indira Gandhi trataba de calmar los ánimos asegurando a las autoridades de Calcuta que muchos refugiados iban a ser trasladados «temporalmente» a otros Estados de la Unión. Aviones americanos y soviéticos encaminaban un primer contingente hacia Madhya-Pra-desh. Pero se trataba de medidas simbólicas que no alteraban el conjunto

del problema. Swarang Singh, durante sus conversaciones con los estadistas occidentales, trataba de convencerles de que el medio más eficaz para conseguir que Islamabad suspendiera la represión y facilitase el retorno de los exiliados sería la suspensión de la ayuda económica y militar que esos países concedían al Pakistán. La propuesta tenía una doble *facies*: si Pakistán accedía al retorno de los huidos y admitía al Gobierno de la Liga Awami, se produciría la secesión de la región oriental o Bangla Desh, con lo que el Pakistán quedaría debilitado y ya no estaría a la altura de la Unión India en el terreno militar. Si se negaba a ese arreglo político y cesaba la masiva ayuda exterior, Pakistán no podría sostener una guerra prolongada. Pero las capitales occidentales se negaban a suspender la ayuda para no ver a Islamabad entregándose sin condiciones en los brazos de Pekín. Singh tenía especial cuidado en poner de relieve que Nueva Delhi no deseaba la desintegración del Pakistán, pero que resultaba indudable que una nueva nación, Bangla Desh, estaba surgiendo en Asia.

Nueva Delhi se quejaba de que, con excepción de la Unión Soviética, ninguna nación había condenado claramente la sangrienta represión—se cifraban entre 250.000 y 1.000.000 los hombres, mujeres y niños muertos por los soldados pakistaníes—ejercida en la región oriental por las tropas de Islamabad. Indira Gandhi veía, consternada, cómo los países afroasiáticos manifestaban una «indiferencia cínica», según sus palabras, ante el espantoso drama y todas estas razones le impulsaban a estrechar sus lazos con Moscú. Esa indiferencia adquiría características particularmente significativas en el aspecto de la ayuda internacional a los refugiados pakistaníes. El director de la FAO declaraba que las necesidades de la India y el Pakistán en productos alimenticios «sobrepasan los recursos de la Organización y los del programa alimenticio mundial». El socorro a los refugiados representaba una enorme carga financiera, estimada en 700 millones de dólares anuales, mientras que la ayuda internacional apenas ascendía a 200 millones.

La llegada de Andrei Gromyko a Nueva Delhi, el 8 de agosto, coincidía con la fase más aguda de la actividad de los medios belicistas indios. Como afirmaba Viratelle¹¹: «Si el primer ministro rechaza todavía la idea de una confrontación armada con el Pakistán es por varias razones. Nueva Delhi conserva aún la esperanza de que Washington pueda convencer a los militares pakistaníes a modificar su política. Los dirigentes indios albergan el convencimiento de que los argumentos que han expuesto al señor Kissinger

¹¹ Gérard VIRATELLE: «La tentation de Mme. Gandhi», *Le Monde*, 8-9 agosto 1971.

han impresionado al colaborador del presidente Nixon. Por otra parte, la India no quiere aparecer como el "destructor" del Pakistán. Efectivamente, el impetuoso partido de la guerra indio está compuesto especialmente de hindués, mientras que la comunidad musulmana —alrededor de 70 millones de personas— no se ha hecho aún a la idea de que Bengala oriental pueda ser independiente...; los partidarios de la intervención armada creen que un "Estado laico, amigo y democrático" sólo puede crearse si esta intervención tiene lugar rápidamente. Estos activistas representan la mayoría de la clase dirigente india: pertenecen a todos los partidos políticos, salvo a la Liga Musulmana y al Partido Comunista Marxista (independientes de Pekín y de Moscú).»

La firma del Tratado indo-soviético, al día siguiente de la llegada de Gromyko, significaba la guerra. Nueva Delhi, no obstante, trataba de salvar ante la opinión pública internacional la imagen de su legendario pacifismo. Para ello, Indira Gandhi emprendía un largo periplo por varios países de Europa y América para «crear un movimiento de opinión en Occidente favorable a una solución política en el Pakistán oriental, condición indispensable para el retorno a la Bengala oriental de los refugiados establecidos en la India». El 24 de octubre llegaba a Bruselas la primer ministro, y en jornadas sucesivas visitaba Viena, Londres, Washington, París y Bonn. Incluso dirigía un mensaje al presidente egipcio, Anuar el Sadat, rogándole actuase de mediador en la crisis indo-pakistaní. «Los riesgos de un conflicto armado —declaraba la señora Gandhi— desaparecerán rápidamente cuando los refugiados puedan volver a su país.» En sus conferencias de prensa, Indira Gandhi ponía de relieve que la India daba pruebas de moderación en cuanto podía en espera de «una solución política aceptable para los representantes elegidos del Bangla Desh». Si esto no ocurría, el Gobierno indio se reservaba el derecho de adoptar «las medidas apropiadas». Durante las últimas semanas, para tal eventualidad, se había preparado un impresionante dispositivo militar. Disponía de 1.000.000 de hombres, con 3.000 cañones, 1.450 tanques y 625 aviones. Y estos efectivos eran netamente superiores a los del Pakistán.

Hasta el último momento cuidó Indira Gandhi de apelar a la solución negociada. El 30 de noviembre, cuando ya se habían iniciado los combates fronterizos que preludiaban la guerra generalizada, la primer ministro efectuaba un «ademán de paz» —como lo calificaba la prensa india— al pedir al presidente Yahya Jan que retirase sus tropas de Bangla Desh. «La actitud

India —escribía Viratelle¹²— en este asunto refleja un drama de conciencia, pero también sufre de las contradicciones e incertidumbres que de una forma general caracterizan la política del Partido del Congreso. Habiéndolo, como aquí se dice, galvanizado a la opinión pública internacional y movilizándolo a las Cancillerías, la señora Gandhi se contenta con medias medidas y se balancea aún entre una simple salida de tono y una guerra relámpago en el Pakistán oriental. La eventualidad de una acción más importante subsiste todavía, puesto que las escaramuzas se suceden en la frontera.» «Las fuerzas indias no dudarán —declara un portavoz— en entrar en territorio pakistaní si las poblaciones fronterizas se encuentran amenazadas.»

La solución bélica, como es sabido, acabó imponiéndose y la India y el Pakistán —dos países que figuran entre los más poblados y míseros del orbe— conocieron los estragos y devastaciones que toda guerra lleva consigo, agravadas las condiciones por las matanzas desencadenadas en Bangla Desh por odios incubados durante un año de luchas y represalias. El drama vivido en Bangla Desh a lo largo de 1971 figura entre los más espantosos que ha contemplado la Humanidad.

* * *

En el aspecto político interno, durante el quinquenio en que centramos nuestra atención, ocurrió un acontecimiento trascendental, como es la escisión del Partido del Congreso, el único movimiento político que había sido capaz de garantizar la unidad nacional por encontrarse profundamente arraigado en la totalidad del subcontinente. La magnitud de la influencia congresista sólo puede ser apreciada, a nuestros ojos occidentales, si tenemos en cuenta —como afirma Vera M. Dean¹³— que «los dirigentes indios han creado un país unificado a partir de los dos segmentos separados en que había estado dividido durante la administración británica: la India británica y los 562 principados». Y esa labor gigantesca fue llevada a cabo por el Sardar Patel bajo la dirección de Nehru y el Congreso. La falta de un grupo de oposición fuerte y respetable dejaba toda la labor en manos del Congreso.

¹² G. VIRATELLE: «L'Inde hésite entre une action directe et la poursuite des harcèlements», *Le Monde*, 2 diciembre 1971.

¹³ Vera MICHELES DEAN: *New Patterns of Democracy in India*, Harvard University Press, 2.ª e., 1969, p. 9.

Y el mérito de esa obra se acrecienta si tomamos en consideración que la heterogeneidad racial, lingüística y religiosa del inmenso país había desembocado—durante siglos y aún persiste—en choques sangrientos entre las diversas comunidades y en un estado endémico de agitación de las masas. Pese a ello, logró el Congreso, con su inmensa influencia, establecer un sistema democrático de Gobierno en aquel hervidero de pasiones. «A pesar del retraso económico y social del país, pese al 85 por 100 de analfabetos y a la persistencia del sistema de castas, la India ha tenido éxito en establecer de forma operativa la mayor democracia del mundo no occidental»¹⁴.

Ciertamente que la democracia instalada por el Congreso, pese a ciertos tintes socialistas—el Mahatma Gandhi no admitía el socialismo como movimiento político, aunque le seducía como ideología¹⁵—, resultaba reaccionaria. Es la consecuencia de dos hechos paralelos. Primero, de que el Congreso no es un partido político en el sentido estricto de la palabra, sino una amalgama de corrientes nacionalistas de signo diverso que se unieron durante la etapa colonial a fin de promocionar la soberanía patria. En tal sentido coexisten en el Congreso, en no muy buena armonía, tendencias burguesas y reaccionarias junto con otras izquierdistas y radicales¹⁶. Aquéllos predominaban en el poderoso Consejo Central Parlamentario, compuesto de seis influyentes personalidades, que estaba encargado de establecer las directrices partidistas. En segundo lugar coincidían, como antes lo afirmara Tagore¹⁷, en que «el nacionalismo indio no tiene por qué ser necesariamente liberal; puede ser reaccionario». Ese fue el camino elegido por los grandes caciques del Congreso para obviar—entre otras razones que explican su conducta—el peligro secesionista que pudiera despertarse a favor de una estructura ampliamente liberal. Ciertamente que ese peligro existía y aún hoy constituye el fantasma que se alza ante el futuro de la Unión India. Los veteranos dirigentes del primitivo Congreso actuaban primordialmente inspirados

¹⁴ Vera MICHELES DEAN: *op. cit.*, p. 11.

¹⁵ GANDHI «rechazaba vigorosamente la concentración de poder y riqueza en manos del Estado, pero tampoco admitía la concentración en manos de unos pocos propietarios privados» (Vera M. DEAN, *op. cit.*, p. 74).

¹⁶ Respecto a estas cuestiones pueden consultarse, entre otras, D. MACKENZIE BROWN, *The White Umbrella: Indian Political Thought from Manu to Gandhi*, Univ. California Press, 1953; Jagdish NARAIN CHUBEY, *Problems of National Integration*, Delhi, 1961; Richard L. Park e Irene Tinker, eds., *Leadership and Political Institutions in India*, Princeton University Press, 1959; Myron WEINER, *Party Building in a New Nation*, University of Chicago Press, 1967; etc.; así como distintas publicaciones oficiales como *Planning Commission. Government of India*.

¹⁷ Rabindranath TAGORE: *Nationalism*, London, MacMillan, 1917.

por el temor de que, «una vez que la India llegara a ser independiente, cada uno de los variados grupos lingüísticos que componen el subcontinente insistiera no sólo en una autonomía cultural, sino también política, con disgregadoras consecuencias para la nueva República»¹⁸. Nehru se inclinaba hacia soluciones más liberales, pero muchas de sus iniciativas resultaban neutralizadas por el engranaje de los altos dirigentes. Esta pugna—que a primera vista parece retrotraernos a tiempos demasiado alejados de la actualidad que pretendemos reflejar—ha tenido sus consecuencias en la escisión del Congreso, porque Indira Gandhi, su hija y continuadora, siempre consideró que la obra del Pandit resultó incompleta por resultar mediatizada por las corrientes emanadas de las altas esferas congresistas.

La escisión tuvo una larga gestación. De una parte, el Congreso perdía escaños en el quinquenio 1962-1967. De los 503 diputados que componían el III Parlamento indio (abril de 1962), 375 pertenecían al Congreso. En el IV Parlamento (abril de 1967), de 519 escaños—el número de diputados se había acomodado al aumento de la población y a las nuevas entidades administrativas— sólo 282 eran congresistas. Los partidos derechistas (Swatantra, Jan Sangh) había duplicado su representación, y el PC había aumentado de 17 a 23. Estos resultados indicaban que se estaba consolidando un proceso de deterioración de la confianza popular hacia el Congreso, que se había advertido por primera vez durante las reuniones celebradas por los directivos del partido, en Delhi, en abril de 1958. Se comprobaba entonces la ineficacia y la pérdida de prestigio del Congreso en algunos Estados claves de la Unión: Andhra Pradesh, Bihar, Himachal Pradesh, Mysore, Orissa y Uttar Pradesh. En consecuencia, en Delhi se aprobaban «drásticas medidas» para restaurar la disciplina y «el sentido de misión». Por esas fechas el Congreso había fracasado electoralmente en Bengala. Y en Bombay el partido—profundamente dividido por la demanda de crear dos Estados lingüísticos separados (Maharashtra y Gujarat)—había perdido el control municipal de las principales ciudades (Bombay y Ahmedabad) de ambas regiones, más tarde Estados. En Madrás estaba comprometido con los separatistas tamiles y vacilaba frente a la agitación producida por la adopción oficial del idioma hindi. También en Kerala había fracasado estrepitosamente frente a los comunistas, que formaron Gobierno. En los once años transcurridos desde que, en 1947, se hiciera cargo del mando—con el prestigio y la autoridad ema-

¹⁸ Vera MICHELES DEAN, *op. cit.*, p. 72.

nada del éxito de su campaña por la independencia—el Pandit Nehru comenzaba su declive político, que se identificaba con el del Congreso.

En cualquier otra democracia carecería de importancia el que perdiese posiciones el partido gubernamental, puesto que desembocaría en la subida al poder del más fuerte partido de la oposición. En la India, donde, como hemos anticipado, no existe otra formación política de arraigo nacional, el fracaso del Congreso significaría la desintegración nacional.

Surge entonces, en aquellos momentos críticos, la figura más interesante de la India posindependentista: Indira Gandhi, hija del Pandit. Indira Gandhi, esposa de Firoz Gandhi, había sido elegida, a los cuarenta y un años, presidente del Congreso, el 2 de febrero de 1959, reemplazando a U. N. Dhebar, que se había distinguido en sus críticas a Nehru. La muerte de Shastri, el 10 de enero de 1965, dejaba vacante la Presidencia del Gobierno y fueron los veteranos dirigentes del Congreso, que ejercían un cacicato omnímodo sobre los feudos tradicionales del partido, quienes designaron a Indira para ocuparla en la creencia de que, por haberla elevado a la cumbre, resultaría un dócil instrumento que podrían manejar a su antojo. Políticos tan experimentados como Nigalingappa, Patel, Desai, Gosh, Kamaraj, etcétera—que habían impuesto sus orientaciones al propio Nehru, coartando su acción—, estaban convencidos de que la gratitud de Indira Gandhi les permitiría seguir manejando el Congreso.

Pero la realidad resultaba muy diferente. Indira Gandhi, dotada de una vigorosa personalidad, implantaba una política propia, concretada en ideas muy personales, que irritaban a los directivos del viejo partido nacionalista. Pronto se asistió a una abierta oposición entre los dirigentes del Congreso y el primer ministro. Los argumentos ideológicos que se ventilaban durante las prolongadas luchas intestinas que se desarrollaban en el seno del partido no disimulaban el verdadero motivo de la querrela, consistente en el control del Congreso.

Indira Gandhi, adalid de un socialismo de tipo moderado, se enfrentaba a lo largo de 1969 al ala derechista de su propio partido, encabezada por los más prominentes líderes del Congreso. En su tarea de gobierno se había visto situada reiteradamente ante el dilema de obedecer las consignas del Consejo Central, elaboradas por un veterano grupo derechista, o adoptar decisiones que disgustaban a estos dirigentes conservadores, pero que consideraba beneficiosas para el país y susceptibles de ampliar la adhesión popular hacia el partido.

En este trance, Indira Gandhi, finalmente, optó por romper con la disciplina del partido. A finales de julio de 1969, la primer ministro anunciaba la nacionalización de catorce bancos comerciales, que poseían depósitos iguales o superiores a los 65 millones de dólares, con el fin, según declaraba, de «impedir la utilización del crédito con fines especulativos e improductivos, evitando que algunos hombres dominen la economía». Esta medida, esencialmente política, constituía un desafío de Indira Gandhi al ala derechista, dirigida por Morarji Desai, ministro de Finanzas, al que había destituido poco antes.

Inmediatamente remachaba su actuación apoyando la candidatura de V. V. Giri, líder sindical frente al candidato oficial del partido, Sanjiva Reddy, designado por los jefes derechistas para las elecciones del siguiente agosto. Fue una prueba de fuerza, en la que Giri logró el triunfo, pasando a ocupar la presidencia de la Unión India, a la par que se abría un abismo infranqueable entre la directiva del partido y la primer ministro, cuya influencia se había visto robustecida.

Durante la reunión de Bangalore de ese mismo año, la ruptura se hizo evidente, tras de ser acusada Indira Gandhi de «indisciplina» y de «mantener tendencias dictatoriales». El 4 de noviembre la primer ministro se lanzaba al contraataque, dirigiendo una carta al presidente del Congreso en la que acusaba a sus directivos de haberse abstenido de ayudar al Gobierno durante los disturbios religiosos de Ahmedabad, los tumultos de Andhra Pradesh y Telengana o las crisis del Pundjab, Hariana o Assam, así como de mantener criterios económicos ultraconservadores, expuestos en un discurso por Nigalingappa, lo que podría enajenarle el apoyo del pueblo.

De tal modo se producía una escisión ideológica entre los elementos más conservadores del Congreso y los partidarios de Indira Gandhi, deseosos de cargar el acento sobre el socialismo del partido. Ciertamente que no todos los adversarios de la política de la primer ministro podrían considerarse como reaccionarios empedernidos, puesto que simultáneamente con la querrela ideológica, latía una cuestión de táctica política e incluso de antagonismos personales. Los veteranos caciques del Congreso temían verse arrinconados definitivamente por la dinámica Indira Gandhi y especialmente se inquietaban de que la política del Gobierno soliviantase a la clientela que cada uno de ellos poseía en los diversos Estados. Por esto la directiva adoptaba mancomunadamente unas líneas de acción suficientemente ambiguas y acomodaticias para que los viejos jerarcas mantuviesen contentas a sus huestes

electorales en cada Estado. Pero si la primer ministro aplicaba una política independiente, se corría el peligro de perder el apoyo de importantes sectores en muchos Estados. Indira Gandhi pensaba de otro modo. Sostenía que la pérdida de algunos núcleos de opinión quedaría compensada ampliamente por la adhesión de grandes masas, atraídas por el carácter socialista. No obstante, en este terreno no podía sobrepasar ciertos límites sin enajenarse las potentes fuerzas en que se basaba el Congreso.

Los veteranos caciques congresistas no podían soslayar la batalla que se les planteaba y debían adoptar rápidas decisiones si no querían verse reducidos al ostracismo, ya que la señora Gandhi había anunciado públicamente su intención de convocar a la Comisión del Congreso para el día 22 de noviembre con el fin de decretar la expulsión del presidente del partido, Nigalingappa.

En un ataque inesperado y fulminante, éste reunía el día 12 al Comité de trabajo y hacía aprobar una resolución por la que se expulsaba del Congreso a Indira Gandhi, lo que llevaba implícito la pérdida de la jefatura del Gobierno. Pese al éxito de esta hábil maniobra, se trató de una victoria pírrica, puesto que, veinticuatro horas después, la primer ministro contemplaba cómo el grupo parlamentario del partido desautorizaba la reunión que había celebrado el exiguo comité y le renovaba su confianza—por la abrumadora mayoría de 330 votos contra 102—, declarando «injustificado e inválido» el anterior acuerdo de expulsión, al par que le reiteraba la «absoluta confianza del partido».

Este resonante triunfo era ratificado en el Lok Sabha, Cámara Baja del Parlamento, donde el partido Swatantra presentaba una moción de censura—con la esperanza de conseguir, a favor de estas excepcionales circunstancias, la caída del equipo gubernamental— basándose en supuestos errores cometidos en la conducción de la política exterior, aludiendo concretamente al desaire sufrido por la India en la Conferencia Islámica de Rabat. Esta moción fue rechazada clamorosamente por las tres cuartas partes de los votos, convirtiéndose, a todos los efectos, en un auténtico referéndum parlamentario de apoyo a la señora Gandhi y confirmando que ésta contaba en lo sucesivo con los sectores más liberales, no solamente de su propio partido, sino de la Cámara, mientras que el ala derechista se unía prácticamente a los partidos ultraderechistas. Las masas populares no ocultaron su satisfacción, como lo demostraron las nutridas manifestaciones celebradas en todo el país por el triunfo de la señora Gandhi.

Tras de este sensacional desafío, el Congreso quedaba escindido. El grupo minoritario derechista pasaba a formar un grupo de oposición a las órdenes de sus líderes veteranos, Nigalingappa, Desai y Singh, apoyados por un número reducido de parlamentarios de ambas Cámaras, Lok Sabha y Rajya Sabha. Por el contrario, la mayoría, que optó, dentro del Congreso, por seguir a Indira Gandhi, se veía apoyada por formaciones políticas tales como el partido dravida de Madrás (DMK). El «nuevo Congreso» de Indira Gandhi permanecía en el poder y contaba también con la ayuda del débil PC pro soviético, que sólo disfrutaba de amplia audiencia en Kerala y en Bengala occidental. El «Viejo Congreso», que se había homogeneizado con la separación, controlaba la maquinaria del partido y aspiraba a conservar la mayoría en determinados Estados que habían sido feudo del Congreso primitivo.

Poco a poco Indira Gandhi lograba imprimir su huella sobre el aparato partidista. El «Nuevo Congreso» se reunía en Bombay en enero de 1970 y adoptaba un programa atractivo: nacionalización del comercio al por mayor de los productos agrícolas, de las importaciones de materias primas y de los seguros, así como la aplicación de reformas agrarias antes de 1971. Estos puntos, muy avanzados sobre los que había mantenido el primitivo Congreso, eran capaces de atraer la adhesión de las masas populares sin reducir los apoyos financieros indispensables para poder desplegar la próxima campaña electoral.

El «Viejo Congreso», reunido en Ahmedabad, trataba de contentar a su clientela tradicional y de ampliar sus posibilidades electorales buscando alianzas con los partidos derechistas. Criticaba a Indira Gandhi, afirmando que las propuestas radicales presentadas eran tan sólo un señuelo para seducir a los electores, puesto que resultaba de difícil aplicación. No obstante, para no verse en desventaja, también reclamaban determinadas nacionalizaciones. Y proseguían acusando a la primer ministro de «fascismo» y de inclinación al «poder personal», tal como hicieran antes de la escisión.

Con su indomable tenacidad, Indira Gandhi reforzaba su prestigio ante las masas rurales ante todo. El «Nuevo Congreso», presentándose como defensor de las minorías, aumentaba su popularidad y lograba el apoyo de la Liga Musulmana. Por el contrario, el socialismo preconizado por la primer ministro desataba las iras del partido derechista Swatantra, cuyo portavoz afirmaba que «nada puede ser peor para la seguridad y la estabilidad del país que la permanencia de la señora Gandhi en el poder».

Mientras tanto, en el Parlamento, la suerte del Gobierno de Indira Gandhi dependía de mayorías circunstanciales y aleatorias y especialmente del apoyo de la extrema izquierda. Para desarrollar su programa de gobierno, Indira Gandhi necesitaba una fuerte mayoría propia, y esto obligaba a pensar en convocar elecciones anticipadas. En marzo de 1970, las elecciones para renovar un tercio de los miembros de la Rajya Sabha (Cámara Alta) debían servir de testimonio para conocer el grado de arraigo que había conseguido el «Nuevo Congreso». Los miembros de dicha Cámara—el Consejo de los Estados—son designados por las Asambleas legislativas locales y renovados por tercios cada dos años. Ambos Congresos se habían preparado, mediante muchas maniobras, para medir sus fuerzas. Los resultados no causaban sorpresa, puesto que se daba por descontada la pérdida de escaños del partido gubernamental. Quince puestos perdía Indira Gandhi en estas elecciones, mientras que el Viejo Congreso mantenía sus posiciones. El Nuevo Congreso no conseguía ningún puesto en Tamil-Nadu, Orissa, Gujarat y Mysore; sólo conservaba cuatro de los seis escaños de Uttar Pradesh y únicamente mejoraba ligeramente sus posiciones en Haryana, Rajasthan y Bengala occidental. El fracaso más espectacular consistía en la derrota, en Tamil-Nadu, de Subramaniam, ex ministro de Indira, que fue el hombre que ésta escogió como responsable del Nuevo Congreso durante varios meses. Después de estas elecciones parciales, la representación del Nuevo Congreso en la Cámara Alta descendía de 103 a 88 consejeros, de un total de 240 escaños. Sus rivales del otro Congreso sólo poseían 43 miembros. Como afirmaba Viratelle¹⁹, «los resultados de estas elecciones muestran que si la política de la señora Gandhi parece popular en ciertos momentos respecto a las masas, los aparatos políticos locales siguen fieles a los viejos usos, que conceden más importancia a las intrigas y a las combinaciones que a las opciones políticas... Pero estos resultados indican igualmente que el Viejo Congreso conserva una sólida implantación y que el Nuevo Congreso ha heredado principalmente desplazamientos de votos que, desde hace años, eran desfavorables al conjunto del Congreso».

En junio de 1970, Indira Gandhi procedía a efectuar un importante reajuste ministerial. Eran cubiertas las carteras vacantes desde antes de la escisión del Congreso y al propio tiempo efectuaba diversas permutas entre personalidades que ocupaban el primer plano entre las cincuenta que componían el Consejo de Ministros. Se trataba de la más importante reorganiza-

¹⁹ G. VIRATELLE: «Le parti de Mme. Gandhi perd quinze sièges à la Chambre haute». *Le Monde*, 31 marzo 1970.

ción introducida en el Gabinete desde 1967 y la primera decidida personalmente por el primer ministro, sin tener que sujetarse a las decisiones o aprobación de los dirigentes del partido. Un cambio muy significativo tenía lugar en la cartera de Asuntos Exteriores, de la que salía Dinesh Sing para ocupar la de Desarrollo Industrial, siendo reemplazado por Swaran Singh. El presidente del partido gubernamental, Jagjivan Ram, pasaba de Agricultura a Defensa.

En septiembre de 1970 el Nuevo Congreso triunfaba en las elecciones que se celebraban en Kerala para renovar la Asamblea del Estado. Obtenía 32 escaños, a la vez que el frente dirigido por el PC pro soviético, con el que el partido gubernamental había concluido pactos electorales, disponía de 68 de los 133 escaños de la Asamblea. El Nuevo Congreso recuperaba sólida influencia en un Estado tradicionalmente marxista, es decir, que heredaba la casi totalidad de los votos del primitivo Congreso, logrando el mismo número de diputados que tenía en 1965 y que en la derrota de 1967 habían quedado reducidos a nueve en virtud de la abumadora victoria de los dos partidos comunistas «legalistas».

Por el contrario, Indira Gandhi sufría un gravísimo contratiempo en Uttar Pradesh, el Estado más poblado de la Unión. Allí el Nuevo Congreso mantenía su participación en el Gobierno que dirigía el *Bharatiya Kramti Dal* (BKD), un partido local moderado. Pero la falta de acuerdo entre ambas formaciones determinaba que fuese rechazada la nacionalización de la industria azucarera y promulgada una disposición para sustraer a los estudiantes a «influencias sindicales malsanas». La ruptura se consolidó cuando el BKD votó en el Parlamento central contra la abolición de los privilegios de los príncipes. El Nuevo Congreso invitó entonces a dimitir al primer ministro local, pero éste prefirió prescindir de sus ministros congresistas. El 2 de octubre Uttar Pradesh quedaba colocado bajo la «regla presidencial», es decir, bajo la Administración del Gobierno central. A mediados de dicho mes se coaligaban cinco partidos derechistas y lograban formar Gobierno bajo la presidencia de Tribhuvan Narain Singh, con mayoría en la Asamblea. Este grave revés representaba para el primer ministro la dificultad de convocar elecciones generales mientras que en el Estado que más diputados enviaba al Parlamento central estuviese dirigido por una oposición coherente. El Viejo Congreso había reconquistado —con sus aliados derechistas: Swatantra, Jan Sangh, BKD y el Partido Socialista del Pueblo— las posiciones que le había arrebatado seis meses antes el Congreso de Indira Gandhi. Los frecuentes

cambios de mayoría en determinados Estados reflejaban las combinaciones que se veían forzados a efectuar para conseguir el poder las diversas formaciones políticas desde que se produjese la escisión del Congreso.

Ante las elecciones, Indira Gandhi se disponía a presentar candidatos en todas las circunscripciones. Su campaña se iniciaba con una conferencia de prensa, celebrada el 29 de diciembre en Nueva Delhi, en la que afirmaba: «en un país como la India, donde existe tanta pobreza, disparidades y desigualdades, no puede haber estabilidad si no se hacen esfuerzos para reducir esas disparidades y esas desigualdades».

JULIO COLA ALBERICH

